

“El pensamiento autista: exclusión y aislamiento”

“En el pensamiento del cuerpo, cuerpo fuerza al pensamiento a ir siempre más lejos, siempre demasiado lejos: demasiado lejos para que aún sea pensamiento, pero nunca lo bastante lejos para que sea cuerpo”
Jean-Luc Nancy

¿Es posible la fijeza y la soledad como pensamiento en los niños denominados espectro autista?
¿Cómo piensa un niño que no ha podido constituir su imagen corporal?

Volvemos a pensar en el caso de Alan, un niño de tres años diagnosticado trastorno del espectro autista. Luego de la entrevista con los padres y una primera sesión, nos encontramos nuevamente. Un niño pequeño llega a la consulta con sus dos años y el presunto y pesado presupuesto diagnóstico de trastorno del espectro autista.

Luego de unos meses de tratamiento, la escuela le nota algunos cambios, pero sin embargo, en un informe nos transmiten: “En el momento del descanso, le cuesta relajarse, a veces emite sonidos, gritos, balbuceos de canciones. Postura corporal tensa, rígida. Se mira mucho las manos (las de él y las de las maestras). Toma las manos de sus docentes y las pulseras y/o anillos.

Si logra comenzar a relajarse y cerrar los ojos se sobresalta y se para. Al decirle que se recueste nuevamente, empieza a gritar y a llorar con fuerza. Por momentos el llanto y el grito son tan intensos y constantes que le provocan arcadas. Frente a esto, se lo contiene corporalmente hasta que logra serenarse y no se insiste en que descanse ofreciéndole otra propuesta.

Con respecto a sus pares, últimamente se acerca a ellos, los toma muy fuerte de la remera y los tira al piso. También les tira fuerte del pelo (estas acciones antes eran muy comunes en él, luego, al inicio del tratamiento y por un tiempo dejó de hacerlo y ahora nuevamente se ve en reiteradas ocasiones).

Frente a ello, al decirle que “no”, se enoja, corre hacia otro lado para luego volver hacia el/la mismo/a nene/a insistiendo en la acción.

Repite casi todas las palabras que le decimos. Por ejemplo, le preguntamos si quiere manzana y repite la palabra “manzana” varias veces.

Por momentos, aprieta los dientes, agita los brazos y tiembla (mientras está sentado). Emite gritos muy fuertes. Cuando llega se incorpora rápidamente a explorar los materiales disponibles y algunas veces nos aluda a sus papás.

A veces continúa girando sobre su propio eje, con la mirada fija hacia un costado...”

Me despido de un paciente, al hacerlo, veo que está llegando Alan de la mano de su papá. Lentamente, gira por la esquina y se acerca al consultorio, lo espero en la puerta, al reconocerme sonrío y viene corriendo a saludarme. Nos saludamos, al mismo tiempo, registro que mira el portero eléctrico del edificio, gira el eje postural y se dirige a él, exclama: “Conejín, Conejín”. Tomo la demanda y afirmo: “Claro, sí, llamamos por el portero a Conejín, debe estar durmiendo”, Alan repite: “Durmiendo”. Como no alcanza a tocar el timbre, salta y lo intenta una y otra vez pero no llega. Eleva los brazos para que lo alcance, lo subo, sostenido en mis brazos le digo cual es el timbre que tiene que tocar.

Con fuerza y esfuerzo, aprieta el botón...espera la respuesta de Conejín. Transformo la sonoridad de la voz, cambio la acentuación, el ritmo y la prosodia-encarnación de este modo al títere-personaje-Conejín-: “¿Quién es?, ¿Quién toco el timbre?, ¿Quién me está llamado?”. Alan responde repitiendo en eco: “¿Quién es, quién es?...respondo: Soy yo Conejín, soy Conejín, ¿y vos?”... Se produce un instante de silencio...suspendido el sonido...el tiempo parece hablar y finalmente Alan dice: “Holaaa...holaaa” ...Conejín responde: “Hola, hola, estoy arriba, ¿quieres subir ahora?” ...Alan gira, me mira, sonrío, nos cruzamos las miradas y le pregunto: “Conejín quiere subir a jugar, vos quieres?” ...sonríe, se inclina y vuelve a tocar el timbre. Agitado, grita: “arriba, arriba”, Conejín se ríe y expresa la alegría: “Que lindo, subí así jugamos juntos...”

De la mano, vamos con el papá hacia el ascensor, donde llamamos a Conejín. De esta manera, tocamos los botones hasta que llegamos al piso correspondiente. Alan entra al consultorio corriendo con la mochila, el papá y yo quedamos rezagados frente al ímpetu de su impulso. Conejín y Pepín (un títere loro, que nos acompaña desde las últimas sesiones) se mantienen expectantes en un estante, él deambula por distintos lugares hasta que se detiene en la mochila, es la primera vez que lo hace. La abre y agarra el cuaderno del jardín. Comienza a mostrármelo: el nombre de la escuela, el suyo, la caratula de inicio y un dibujo de una jirafa. Comparto la complicidad del instante que se pliega en nuevos escenarios y escenas.

Miramos el cuaderno de la sala y le señalo un sticker que había caído, Alan intenta pegarlo y aprovecho la oportunidad para ofrecerle otros que tengo guardados a disposición para jugar. Le pregunto: “¿Querés otros stickers?” ...Alan me mira y responde en el mismo tono y con el mismo ritmo acentuado: “¿Otros stickers?” ...si bien, reproduce en eco la misma pregunta, no pronuncia la primera palabra: “Queres”. Este detalle es fundamental, lo tomo como afirmación y partir de ello, voy a buscarlos.

Con Conejín en mi mano, vuelvo con una plancha de stickers, Alan mira a Conejín y lo tira lejos, al realizarlo, se ríe (cuando lo hace, encarno a Conejín y lloro, dramatizando la acción), sonrío y mira los nuevos stickers, una mariposa, un cocodrilo, caritas sonrientes de diferentes colores, pececitos, que coloca sobre el dibujo de la jirafa. El escenario se desarrolla del siguiente modo, por ejemplo: “¿Querés este pececito?, elegí uno”, del mismo modo, él responde: “¿Queres este pececito?, elegí uno” ...respondo: “Tenés que elegir vos” ...él dice: “Vos, ¿quierés este?, tenés que elegir uno” ...dice: “Uno” y señala el sticker que quiere. Estas preguntas que reproduce en eco, lo realiza con cada sticker de la plancha. ¿Cómo construir la resonancia que implique que Alan pueda hablar desde él y afirmar su imagen corporal? ¿Qué estrategias pensar para producir en acto la posibilidad de enunciación desde él, desde Alan y ya no desde el otro?

Cuando Alan reproduce en eco la misma pregunta, igual manera la palabra, la acentuación y la prosodia, tal cual se la enuncia, no se deja afectar por la demanda del otro, más bien, la rechaza, se defiende y produce en acto la mimesis que anula la enunciación. No puede terminar de asumir la palabra desde él. Usa la del otro, en este caso, desde Esteban, para repetirse en sí mismo, en un “mi” sin “mío”, sin imagen del cuerpo constituida como tal.

Al procurar construir otra experiencia damos lugar, poco a poco, a que el pliegue del afuera se produzca y quede como huella de un afecto, de una relación que vibra en cada encuentro. Si Alan puede responder desde él (todavía lo puede realizar solo en algunos momentos) la resonancia de la pregunta: “¿Qué sticker querés pegar?...”Elegí vos cual querés”) resonará, ya no en un eco mimético sino en la alteridad de una diferencia esencial, lo hará desde la propia imagen corporal, desde el “mí” que conforma su funcionamiento lo que llamamos “lo mío”, susceptible de compartir con otros (lo nuestro) y lo del otro (lo tuyo). Esta red en su efectuación dramática comprende la pertenencia a la comunidad como efecto del lazo social que Alan puede realizar al lanzarse a jugar.

Nuestra pregunta tiene que convocar al otro, en este caso a Alan, ya que de este modo, no puede totalizarse o completarse a sí mismo solo. En este umbral que acabamos de describir, nos conmueve la resonancia que causa el deseo de desear, esa sonrisa de Alan afirma y recrea la utopía, reverbera en el “entredós” transferencial, donde se siente el sentir del afecto circulando en la puesta en escena.

Lo que queda como huella retumba consistente en la experiencia, no como presencia presente, sino justamente en su ausencia, en la resonancia que deja ese resonar. Cuando Alan no puede sostenerse en relación a la imagen del cuerpo, no termina de jugar, de poder desprenderse de sí para poder ubicarse en el lugar del otro y pendula entre el quehacer sensoriomotor en sí mismo y la estereotipia de una secuencia reproductiva de lo siempre igual al no poder jugar con otro ni compartir un juego de pelotas, de dados, de autitos, se encierra y la angustia queda en el cuerpo, se encarna y corporiza. Actúa sin darse cuenta, la angustia sin nombre y sin verbo.

El niño, al gozar con el movimiento de su cuerpo, la gestualidad, las palabras, el ritmo corporal, la musicalidad, conforma lo originario, el placer del deseo en el inicio de la experiencia infantil. En nuestra experiencia clínica cotidiana damos lugar para que ello suceda y se resignifique en el “mí”, en lo que el pequeño designará como “lo mío” y genere deseo de desear, y repetir sin ton ni son, los pliegues y repliegues necesarios para el des-pliegue de lo nuevo que delinea la experiencia con el mundo del afuera, inscripto e incorporado como don de amor (el adentro de una configuración eminentemente topológica).

No es que él niño posee “lo mío”, por el contrario, es “lo mío” quien lo posee a él. Sin tapujos, el niño llora, juega, ríe, hace berrinches, gestos, que no paran de demandar. Justamente por eso, él “mí” es imposible de asir, de agarrar, es lo inasible y sin embargo, con toda la potencia, unifica la experiencia relacional con el otro. Es desde esa relación, desde donde comienza a diferenciar lo que puede ser de él, de los otros, y de lo otro como aquello que no puede explicarse, ni predecir, ni anticipar.

El “yo” no es el “mí”, entre uno y otro, se juega la diferencia y la identidad. Puede existir un “mí”, sin “yo”, pero no un “yo” sin mí. Un “mí” sin yo refiere a la “pura” permanencia, a la imposibilidad de perder ese “mí” que no se transforma en “mío”, que queda instalado como posesión sin posibilidad de perderse y recuperarse como memoria. Si hay “yo”, siempre hay un “vos”. Es porque existe el “vos” (el otro), que hay un “yo” posible de resignificar, engañar, soñar e identificarse con otros, desdoblándose para no perderse en el intento. Puede haber un “mí” sin “vos”, o sea, sin “yo”. Es un “mí” imposible, pues no se puede perder, reproduce lo mismo en el acto de estereotipar, un “mí” sin relación al “yo” ni al “vos”, y por lo tanto, encerrado, como la experiencia que realizaba Alan.

La conformación del “yo” implica el “vos” y la comunidad a la cual pertenece, por el contrario, el “mí” que se sostiene en la sensación no puede cumplir la función de lo “mío”, lejos de representarlo, lo presientifica una y otra vez en el mismo lugar. Esencialmente, cuando el “mí” se sostiene en el “yo” aparece en su funcionamiento, la potencia actuante de lo “mío”, que al mismo tiempo, afirma la imagen del cuerpo y la posibilidad de hacer uso de ella. Juega la dialéctica en suspenso entre lo que es “mío” y es lo “tuyo”. De esta manera, se abre el campo entre ambos, de esa singular experiencia de lo “mío” y lo “tuyo” surge lo nuestro, efecto comunitario de una experiencia compartida que ubica a cada niño en un lugar diferente pero, al mismo tiempo, común. Los niños son aquellos seres que existen jugando juntos, se cumple así, la primera ley de alianzas, una legalidad que los diferencia y unifica en una comunidad, a la cual pertenecen. Por eso nos preocupa tanto que Alan no se pueda relacionar con sus compañeros y no tenga amigos.

La historia del “mí” sin la confirmación de lo “mío”, es la impropia reproducción en eco de una experiencia sin acontecimientos como le ocurría a Alan. Se implica como un “mí” sin pérdidas, lo cual genera el reflejo opaco, la apatía sin ficción, ni alegoría, en un contexto anodino de un hacer sin parar, para no dejar de ser ese “mí”. No está apegado al “mí”, lo es, si se relaciona con otro de un modo diferente del “mí” podría desprenderse de él, pero al no hacerlo, el sufrimiento se encarna en la experiencia sensitiva, corporal, que realiza. La relación con el otro a partir de ese “mí” es la misma siempre (por ejemplo, es comer la misma comida, hacer el mismo ritual, correr, moverse, pensar, etc.) del mismo modo. Sin duda produce un pensamiento que está en el “mí”, una manera de pensar que no está en ninguna parte más que en ese “mí”.

Mientras el “mí” sostenido en la imagen del cuerpo, vive de la experiencia con el otro, en la relación con el afuera para plegarse en la plasticidad de un adentro que se transforma. El cuerpo deviene receptáculo, superficie de inscripción y repetición de la diferencia, es lo que comienza a acontecer en la escena con Conejín...el papá...la mamá...Esteban... Pero sin la imagen del cuerpo, el “mí” se sostiene sin devenir receptáculo, más bien se defiende y conforma una imagen. La imagen del “mí” (sin “yo”) es una existencia desolada o también puede fagocitar al otro, que queda consumido como parte de la tensión, del envión, del impulso elástico. La tensión enmarca el ahora.

El estereotipar ritual, el pensamiento aislado y excluido no lo decide el niño, se le impone, se cumple sin artilugios, no puede no hacerse. Al hacerlo, no hay riesgo. Alan repite los colores, copia los números, imita las letras, reproduce las palabras, está donde tiene que estar, donde siempre estampa la singularidad del “mí”, sin invención. De algún modo, el niño, construye el “mí” o el “mí” lo inventa en la singularidad de esa elasticidad, existencia subjetiva del “mí”, allí, sin duda, no hay plasticidad neuronal ni simbólica posible. Frente a lo inmutable de esta experiencia reproductiva de lo mismo, originamos la natalidad en acto de la escena.

Los títeres, Pepín y Conejín, intentan acercarse a la escena, pero cada vez, Alan los tira, encarno el llanto de ellos, él se ríe a carcajadas y continúa demostrándome detenidamente y en detalle el cuaderno de su sala roja. En un momento cierra el cuaderno, lo mete en la mochila y sin mediación, busca los títeres Conejín y Pepín, los mira, encuentra el borde del agujero y se los pone en la mano, simpático se ríe, da una vuelta, parece danzar con ellos, susurra por lo bajo una melodía...continúa en esta situación hasta que finalmente, con energía, los arroja, riéndose de ellos. Ante este gesto, los encarno haciéndolos llorar...pelean porque quieren jugar y les duele que él los tire. Alan se ríe y vuelve a tomarlos para volver a reproducir la misma escena.

Conejín y Pepín reaccionan, y en un momento que los arroja, le doy cuerpo con mi mano y van a buscar la mochila de Alan, la ponen en el carrito, se meten con ella adentro y los llevo a pasear por el consultorio, Alan los mira y sale corriendo a buscarlos. Se genera otra escena, los títeres lo enfrentan, entran en la ropa, él, como puede, logra sacárselos, agarra la mochila y corre a entregársela al papá. Luego de ello, comienza a deambular, en un momento, cuando está distraído, Pepín y Conejín (en la complicidad con el papá de Alan) vuelven a colocar la mochila en el carrito, abro la puerta del consultorio, y vamos por el pasillo-corredor hasta el fondo, donde está la escalera.

El juego adquiere otra tonalidad y se transforma en una “lucha” de fuerzas, por un lado los títeres, escondiendo y llevando la mochila en el carrito, y por otro, Alan queriendo recuperar las cosas descubriendo los escondites y a su vez, adquiere consistencia la búsqueda como curiosidad y la aventura de descubrir dónde están. Cuando las encuentra, se las da al papá, quien media entre uno y otros, en ese interjuego, se abren nuevas experiencias posibles que con anterioridad no se vislumbraban. El placer de sentir placer corriendo y descubriendo escondites, inunda el consultorio.

Cuando se monta la escena con Pepín, Conejín, Alan, el papá o la mamá...se configura una gestualidad enmarcada en el placer del deseo de desear y donar lo esencial al otro (sin esperar nada a cambio), todo lo cual conlleva un impulso, una fuerza (desde la filosofía según el filósofo Baruch Spinoza, sería lo que él denomina “conatus”) que refiere a la experiencia de existir en el acto que se realiza, en el esfuerzo de continuar haciendo el juego sin agotarse en el propio quehacer sensorial, sensoriomotor.

Nos dejamos sobrepasar, desbordar por la escena para ubicar otro borde posible al abrir otro espacio, otro espejo para la realización de lo imposible. Dicho de otro modo, traspasamos un límite que inaugura la ficción como artificio para habitar y alojar otra experiencia infantil que conlleva el acontecimiento de la plasticidad simbólica. ¿Serremos capaces de soportar el propio desconocimiento para inventar un saber en potencia, por venir, que todavía no se sabe y solo se realiza en el “entredós” del encuentro con el niño? Las opciones son el pensamiento aislado y excluido del otro y de los otros semejantes a él o la experiencia relacional como posibilidad de plasticidad y creación del lazo social como pertenencia a la comunidad.

Eteban Levin
estebanlevin@lainfancia.net
www.facebook.com/estebanlevin.lainfancia
www.lainfancia.com